



Al matarla,
se condenaron

MENTIRAS
QUE LE
CANTAMOS
AL MAR

SARAH UNDERWOOD

FANDOM BOOKS

MENTIRAS
QUE LE
CANTAMOS
AL MAR

Título original: *Lies We Sing to the Sea*

1.ª edición: marzo de 2023

© Del texto: Sarah Underwood, 2023

© De la cubierta: Micaela Alcaino, 2023

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2023

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2023

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.fandombooks.es

ISBN: 978-84-18027-62-8

Depósito legal: M-3054-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MENTIRAS
QUE LE
CANTAMOS
AL MAR

SARAH UNDERWOOD

Traducción de Sara Bueno Carrero

FANDOM BOOKS

Para mamá, por todo.

La muerte vendrá hacia a ti procedente del mar,
y tu vida irá menguando con suma delicadeza
cuando reboses de años y paz mental,
y tu pueblo te bendecirá.
Todo lo que he dicho se hará realidad.

—HOMERO,
La Odisea

1. ALONDRAS EN MANANTIALES

LETO

Una criada trenzaba en silencio el cabello de Leto para peinarlo en una compleja corona antes de su ejecución.

Le ardieron las rodillas al postrarse en el áspero suelo de losa de la pequeña estancia. Sus brazos, pálidos salvo por los incipientes moratones, protestaron y se contrajeron ante la soga que los ataba, muñeca contra muñeca, tras la espalda.

La criada ladeó la cabeza de Leto e insertó una horquilla más, arañándole el cuero cabelludo con el afilado metal y tensando los gruesos mechones de cabello oscuro. Leto apretó los dientes y parpadeó con fuerza, esforzándose por evitar la mirada del descomunal guardia que vigilaba la única puerta. Llevaba armadura completa, una espada amarrada a la cadera y un casco de plata brillante que ocultaba sus rasgos.

En su lugar, Leto clavó la vista en la temblorosa luz de la chimenea. El aroma a incienso quemado flotaba en la asfixiante neblina y llenaba la estancia de una calidez sofocante y opresiva. El sudor le corría formando riachuelos por el cuello (por encima de las espantosas escamas negras que le habían aparecido en la piel y que la señalaban para la matanza) y desaparecía bajo el cuello del vestido. Los rizos que le habían dispuesto cuidadosamente para enmarcarle la cara ya estaban húmedos y encrespados.

«Un sacrificio». Era una amarga reflexión. Quizá Poseidón estuviese tan indignado que la rechazase.

Por el rabillo del ojo, vio como la criada, con la boca llena de horquillas y el ceño fruncido, cogía un puñado de florecillas blancas

de un cesto forrado en lino. Las examinó minuciosamente para comprobar si alguna tenía los pétalos arrugados y a continuación procedió a insertarlas con destreza en las trenzas de la frente de Leto.

Era la primera vez en años que la peinaban.

De todos modos, rara vez tenía la oportunidad de lucir recogidos elaborados. La madre de Leto había fallecido cuando ella tenía diez años y, puesto que su padre había muerto pocos años después, Leto se había visto obligada a ganarse la vida por sí misma. En un principio, no le había costado encontrar trabajo (el pueblo llano de Ítaca seguía acudiendo en masa a la última sibila real), pero ella no gozaba del talento de su madre, y los breves y escasos fragmentos del futuro que le concedía Apolo eran desesperantemente ambiguos. Solo le quedaban aquellos clientes a quienes satisfacía el espectáculo, la histriónica matanza de un conejo o los violentos ojos en blanco que Leto no había tardado en perfeccionar. No eran muchos, pero le pagaban suficiente plata como para impedir que se muriese de hambre.

En cuanto al cabello, normalmente la bastaba con una cinta que le apartase los mechones más largos de la cara, aunque imaginaba que no impediría que se le enredase en la soga del verdugo.

«Mucho mejor la trenza», razonó, momentáneamente sorprendida por su propia practicidad.

Llamaron a la puerta y rompieron el silencio casi total de la estancia. La criada se sobresaltó y apartó las manos de Leto, mirando nerviosa hacia el guardia, que no se había movido ni un centímetro.

—Deprisa —dijo él, hablando por primera vez desde la llegada de Leto. Tenía la voz grave, áspera y extrañamente monótona—. Ya casi es la hora.

La criada asintió y cogió otro puñado de flores.

A Leto se le erizó el vello de los brazos. Bajo la suave tela del vestido ceremonial con el que la habían ataviado, el corazón se le aceleró y se estremeció cual pájaro enjaulado. Una sensación densa y desagradable se instaló en su interior, presionándole el pecho, oprimiéndole los pulmones y dejándola sin aliento.

Encerrada en aquella habitación vacía, no sabía qué hora era. El canto de los pájaros y los primeros rayos de luz que entraban por la diminuta ventana le indicaban a Leto que había salido el sol, pero, aparte de eso, nada. Quizá aún estuvieran en las primeras horas de la mañana.

Sin embargo, «ya casi era la hora». Sabía perfectamente de qué era casi la hora. Los sacrificios tenían lugar a mediodía, cuando el sol del equinoccio había alcanzado su punto álgido en el cielo.

No le tenía miedo a la muerte, pues llevaba tiempo armándose de valor para enfrentarse a ella, sino a lo que venía después.

En sus diecisiete años de existencia, había llevado una vida de lo más corriente. Algunos de los vecinos más supersticiosos aún cuchicheaban sobre sus poderes místicos, cierto, pero Leto no había derrotado a monstruos, apresado a delincuentes ni vencido a tramposos. Solo la habían besado dos veces. No le esperaba un más allá cruel (pues pocas de sus acciones podrían condenarla a la perdición), pero sin duda no se hallaría en compañía de héroes como Perseo, Heracles u Odiseo. No volvería a ver a su madre.

Apolo ni siquiera se había dignado a concederle una visión de su propio fallecimiento: la noche antes de que los guardias acudiesen a reclamarla, había soñado con una muchacha de cabello dorado y ojos como el mar.

Sus ideas de grandeza eran vanas y absurdas, sin duda. Aun así, Leto siempre había tenido la esperanza, como las niñas pequeñas que escuchan boquiabiertas los relatos de hazañas heroicas, de que algún día la recordarían como un ser extraordinario.

Aún notaba el picor de las escamas del cuello: la marca que le había aparecido apenas unos días atrás y que había puesto su vida patas arriba. Era evidente que Poseidón la había elegido. No había forma de escapar. Ya nadie la recordaría.

Por un instante, se preguntó cuál de sus vecinos se habría fijado en las escamas y la habría vendido a la guardia real. No le culpaba: el destino de Leto ya estaba decidido, y al menos la recompensa le aportaría a aquella persona unas cuantas monedas de plata más con las que pagar el pan.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con más fuerza, y la criada remató su faena con una última horquilla.

—Por el amor de los dioses —espetó el guardia—. ¿Has acabado ya?

—Ya casi está —dijo la criada. Esta vez, cuando metió la mano en el cesto, sacó un cordel de cuero anudado para formar un círculo. De su centro pendía una diminuta moneda de plata. A Leto la forma le resultaba muy familiar: era un óbolo—. Para Caronte —dijo con solemnidad la criada.

Leto se lo esperaba, pero, aun así, se le revolvió el estómago al ver el metal. Era costumbre que a los muertos se los enterrase con dinero: el óbolo serviría como pago al barquero que cruzaría el Estigia y el Aqueronte con su alma. Con su alma muerta.

La criada le puso el collar a Leto con cuidado de no despeinarle las trenzas. Notó su tacto por debajo del vestido y lo sintió descansar en el hueco entre los senos. Se mordió el labio; el metal estaba frío, tanto que le sorprendió, bajo los pliegues del pálido tejido.

El guardia se rio cuando la criada se incorporó para hurgar en el cesto de horquillas y pétalos magullados.

—Guarda todas tus cosas. Yo te acompaño.

Quizá no fuera supersticioso. Miró el cordel de cuero con desdén y, cuando sorprendió a Leto contemplándolo, le dirigió una sonrisa taimada y burlona.

Leto se estremeció y, al hacerlo, sus ojos captaron un repentino reflejo de la luz. Un reflejo, se percató, que procedía de la parte plana de una brillante cuchilla. El guardia no podía verlo, pues se lo impedía el tejido amarillo del quitón de la criada, pero allí había una caja con alfileres y unas enormes tijeras de plata.

A Leto se le aceleró el pulso al ver las tijeras, sin llegar a creerse su suerte. No sabía cómo se le habían podido olvidar a la criada, pero las hojas parecían nuevas: afiladas, brillantes y perfectas para cortar las molestas ataduras. Los dioses le habían entregado un salvavidas en el último momento.

—Vamos —le gruñó el guardia a la criada. Leto había vuelto a levantar la cabeza—. ¿Ya está todo?

Leto los miraba alternativamente al uno y a la otra. En cuanto la criada diese un paso adelante (o, los dioses no quisieran, se diera la vuelta), o ella o el guardia se fijarían en las tijeras abandonadas.

Leto tomó su decisión en una décima de segundo.

Se inclinó hacia delante para alcanzar las tijeras y se las ocultó debajo de la abultada falda.

—¡No me dejes! —gritó—. ¡No quiero morir!

La criada, con la angustia reflejada en su enorme semblante de muñeca, se volvió y se estremeció al ver a Leto en el suelo.

—Es que... —pronunció, alargando la mano hacia ella.

—¡Por favor! —chilló Leto, revolcándose de un lado a otro. Si la criada se acercaba demasiado, sin duda vería las tijeras olvidadas. Leto se obligó a llorar a mares y enseñó los dientes cual perro acorralado—. ¡No quiero morir!

La criada gimió.

—Muy bien, basta ya. —El guardia abandonó su puesto y recorrió la distancia que lo separaba de ellas en dos larguísimas zancadas—. Tú —posó la inmensa mano en el hombro de la criada—, fuera. Espera en el pasillo. Yo me ocupo.

No se lo tuvo que decir dos veces. Abrazó contra el pecho el cesto de flores y se marchó.

—Y tú. —El guardia miraba a Leto con indiferencia—. Re-componte —espetó—. Ten dignidad.

Leto lo miró a los ojos y dejó escapar otro melodramático aullido de pesar.

El guardia resopló con desprecio.

—Pues muy bien —dijo—. Sigue así. —Se dio la vuelta, levantando una nube de polvo del suelo a medio barrer y salió de la habitación. La puerta se cerró detrás de él y Leto se quedó a solas.

* * *

Había habido un momento, mientras la criada adaptaba minuciosamente el vestido ceremonial blanco al diminuto cuerpo de Leto, en el que esta había terminado por acostumbrarse a las ataduras.

Durante unos minutos, se había entretenido contoneando de forma experimental los codos y las muñecas atados en busca de una posición en la que no le escociera. Tras ese rato, durante el que solo había conseguido retorcerse aún más, se había resignado a la incomodidad. Las cuerdas eran demasiado gruesas, y los nudos, demasiado ceñidos y complejos.

Pero entonces, pidiéndole perdón en silencio a la criada, a la que sin duda castigarían por su error, se lanzó a actuar. O, para ser más precisos, aunque no era la atrevida huida que habría preferido, se lanzó a revolverse, revolcarse y retorcerse dolorosamente.

Lo más difícil de todo fue situar las tijeras en el lugar adecuado. Tenía las manos sudadas y pegajosas y se le resbalaban las tijeras, que se le cayeron al suelo con estruendo en más de una ocasión. El más leve de los sonidos procedente del pasillo, al otro lado de la puerta, la dejaba inmóvil, conteniendo la respiración y contando hacia atrás hasta que los pasos se desvanecían o el chismorreo de los ratones se silenciase.

Trascurrido un largo rato, logró colocar las cuchillas en posición contra las ataduras. Movi6 las manos con sumo cuidado hacia delante y hacia atrás, hasta que las cuerdas comenzaron a soltarse. El sonido de cada hilo al romperse era como música para sus oídos: la más hermosa que había escuchado en toda su vida.

Por fin, la hoja terminó de atravesar la parte más gruesa de la cuerda. Con más fuerza de la que pensaba que tenía, Leto desgarró los últimos hilos. Las ataduras se rompieron con un chasquido y cayeron. Apenas habían tocado el suelo cuando la joven se puso en pie con dificultad, casi tropezándose con el larguísimo vestido, que le caía como leche derramada sobre los pies descalzos. Le temblaban las piernas, cansadas tras tanto tiempo arrodillada, y por poco no se doblaron bajo su peso. Desorientada y totalmente desprovista de cualquier tipo de arma o de plan, se tambaleó hacia la puerta, pero se detuvo al oír unos pasos sobre la piedra del exterior.

«De acuerdo». Se dio media vuelta y corrió dando tumbos hacia la ventana, a través de la que se filtraba una luz que la llamaba.

Aún no había llegado ese momento de la primavera en el que brotaban los cultivos y las cabras producían leche a toneles. Los inviernos siempre dejaban a Leto con un perpetuo nudo de hambre en el vientre, pero aquel día lo agradeció. Si su menudo cuerpo hubiese sido mínimamente mayor, se habría quedado atascada en la estrecha ventana. Sin embargo, retorciéndose, revolviéndose y arañándose las caderas contra la piedra hasta manchar de sangre la falda, logró franquearla y posarse en una parcela de hierba rala y tierra seca. Se puso en pie con dificultad y levantó la vista para contemplar la enorme masa de piedra que había sido su prisión.

Cuando el guardia de Ítaca había acudido a apresarla, golpeando con fuerza la puerta de su casa hasta astillarla, a primera hora de la mañana, aún estaba oscuro afuera (y le habían vendado los ojos, por si fuera poco), así que su cerebro adormecido había sido incapaz de memorizar la ruta por la que la habían llevado a través de su pueblo natal, Vathí, y de los extensos montes que lo rodeaban. Había dado por hecho que la tenían presa en una lejana mazmorra, una vil cueva en la que el resto de Ítaca pudiese olvidarse de ella. Pero reconoció de inmediato dónde estaba.

Entornando los ojos para que no la cegase la intensa luz solar, Leto alzó la vista con tristeza para contemplar la torre septentrional de vigilancia de Vathí. Luego, con el corazón encogido tras oír un estrépito ahogado, se volvió y descubrió a un grupo de soldados con armadura que holgazaneaban en el terreno que tenía ante sí. Los soldados la observaron con la misma expresión de desconcierto en el rostro.

Por un momento, se miraron entre sí: la prisionera y sus carceleros. La mayoría de los soldados se habían despojado de su casco y habían dejado a sus pies el pesado cinto. Era evidente que no esperaban compañía; a algunos se los veía medio dormidos. Tal vez sí que habían estado dormidos, y por eso Leto no los había oído desde su celda.

Qué idiota había sido por creer que no estarían vigilando su única vía de escape. Qué ilusa en sus esperanzas...

Al fin, uno de los soldados recogió muy despacio su espada, se puso en pie con torpeza y apuntó a Leto con el arma. Se aclaró la garganta con cautela.

—¿Adónde te crees que vas?

«Mierda».

La torre estaba situada en lo alto de un gran monte. Leto veía los tejados pardos e inclinados de Vathí, tan de cerca que casi podía tocarlos. Tenía la libertad al alcance de la mano; no se le podía escapar, sobre todo cuando la alternativa era morir como un animal por un reino y su miserable familia real a los que no debía nada. No, teniendo en cuenta lo mucho que le habían fallado. A ella y a su madre.

Así pues, aunque sabía que estaba atrapada, que era imposible que, ni en el mejor de sus días, corriese más que los soldados (mucho menos estando magullada, amoratada y ataviada con un ridículo vestido ceremonial), Leto decidió intentarlo. Rezando a todos los dioses que recordaba, se dio media vuelta y, descalza, echó a correr.

Apenas había dado cuatro pasos cuando una mano la agarró de la cola del vestido y la tiró al suelo. Se le dobló la pierna al pisar y cayó bruscamente sobre ella. El golpe fue muy doloroso, tanto que le pareció oír sus gritos desde la distancia. Trató de ponerse en pie y, cuando hubo logrado incorporarse a cuatro patas, algo sólido la golpeó en la espalda y se volvió a desplomar.

—Que se ponga en pie —gritó una voz que le resultaba familiar.

Cogieron a Leto de las axilas para levantarla. Se le dobló la pierna bajo su propio peso, y ella se hundió como una muñeca de trapo. Mareada por el dolor que le recorría la pierna y le subía por toda la columna vertebral, observó, con los ojos entornados, la figura borrosa que tenía ante sí.

El guardia que había vigilado la habitación de Leto se arrojó despacio frente a ella. Se había quitado el casco y le acercaba cada vez más el rostro al descubierto. Sonrió con un rencor premeditado, lo que le tensó la enorme cicatriz que, desde el

centro de la mejilla, le bajaba por la barbilla y el cuello, hasta desaparecer bajo el peto de la armadura.

—Dioses míos —susurró. Tenía los ojos azules como el cielo despejado, y le brillaban con malicia—. ¿Te has perdido?

Había varias cosas que Leto no había hecho en la vida y que ni se atrevía a soñar con hacer jamás. Pero, puesto que se le antojaba casi seguro que aquella noche estaría ya muerta, abandonó todo instinto de autoprotección que pudiera tener.

—Muérete —gruñó la joven, y le escupió en la cara.

Al soldado se le borró la sonrisa. Echó hacia atrás la mano y la lanzó hacia delante con tal velocidad que hizo silbar el aire a su alrededor cuando le propinó una bofetada. Muy fuerte.

De no haber sido por los dos guardias que flanqueaban a Leto y que la sostenían, se habría caído hacia atrás, al suelo. Le escocía la mejilla y la boca le sabía a sangre, metálica y templada. Se planteó por un momento volver a escupirle en la cara, pero, antes de que le diese tiempo a considerar si la breve satisfacción compensaría un golpe más, el guardia ya se había incorporado y dado la vuelta.

—Llevala a la playa —dijo—. Quiero estar presente para verla morir.

2. CANTA EN MI INTERIOR, MUSA

MATÍAS

El príncipe Matías de Ítaca no fue consciente del último intento de asesinato hacia su persona hasta casi una semana después, cuando su madre le informó mientras desayunaban de que al autor (al parecer, pescador de profesión) lo iban a colgar.

—Qué maravilla —dijo Matías tras una pausa prudente. Clavó el tenedor en una uva y la contempló con una mirada cruel—. ¿Va a ser antes o después de que ejecutemos a su hija?

Los intentos de asesinato siempre aumentaban durante las semanas anteriores al equinoccio de primavera: semanas en las que se despertaban las primeras muchachas con la marca de Poseidón en el cuello. Sus padres, maridos, hermanos o amantes, desesperados, acudían al palacio con toda clase de cuchillas, venenos o algún que otro explosivo, con la reina y su hijo como objetivo. Como si así fuesen a solucionar algo. Como si Matías tuviese algo que ver.

Machacó la uva en el plato hasta hacerla pulpa.

Su madre frunció los labios y dejó el cuchillo sobre la mesa. Era una de las escasas ocasiones en las que el salón no era un hervidero de cortesanos, y estaban casi más solos que nunca, con apenas dos guardias flanqueando la mesa. Ni siquiera estaba presente Olimpia, que alternaba entre una actitud cariñosa y airada. La ausencia de público permitía a la reina mostrarse algo menos paciente, con cambios de humor más rápidos.

—Verás, Matías —dijo bruscamente—. Tú mejor que nadie deberías entender por qué lo hacemos. Después de que Selene...

Selene.

Oír su nombre le resultaba casi insoportable. Traía consigo el sonido del viento silbante, de la agitación de un océano que se acababa de despertar y el recuerdo de lo ocurrido cuando Ítaca no pudo pagarle a Poseidón su tributo. El aire se volvió como agua salada en sus pulmones; contuvo unas ganas repentinas y violentas de jadear. Su madre tenía razón, obviamente, y no lo soportaba. Las muchachas con la marca debían morir. Si Matías no obedecía, sería el mar quien se las llevase, arrasando la tierra y destruyendo todo lo que se interpusiera en su camino hasta encontrar a todas y cada una de ellas.

Se puso en pie sin darse cuenta.

—Matías. —Todos los años sucedía lo mismo, pero a su madre aún le sorprendía—. ¿Me estás escuchando? Te...

—Tengo que asegurarme de que esté todo preparado —dijo, negándose a mirarla. No quería ver la decepción en su rostro, ese día menos que nunca. Tenían una idea muy distinta de lo que significaba ser príncipe, y de lo que significaría, cuando fuese mayor de edad y ostentase el trono, ser rey—. No van a tardar en bajar a las muchachas a la playa, y tengo que estar presente.

La reina suspiró y le dio un largo trago a su copa de vino.

—Pues muy bien.

Matías no esperó a que cambiase de opinión. Volvió a colocar la silla en su sitio y atravesó con largas zancadas el salón en dirección a las grandes puertas de madera que eran la única salida, sujetándose la diadema dorada que lucía en la frente para que no se le cayese.

—Recuerda practicar la bendición —le dijo su madre, a su espalda—. Tampoco es que me importe, cariño, pero puede que la gente... espere que el futuro rey hable bien. Además —suavizó la voz—, sé que no soportas atascarte cuando hablas. El año pasado te llevaste un buen disgusto, y no me gusta verte así.

Matías apretó los dientes y abrió de un tirón las puertas, por cuyo hueco salió antes de que se le crispasen demasiado los nervios y se le escapase una respuesta. ¿Qué más daba lo que se esperase

de él? No es que su pueblo fuera a estar presente para escucharlo: tenían prohibido asistir a las ejecuciones desde la avalancha de intentos de rescate fallidos que había tenido lugar diez años antes.

Pero aquel no era el público que le importaba; no era por ellos por quienes debía hacerlo bien. Doce muchachas estaban a punto de morir por Ítaca, y todos los dioses lo condenarían si los sacrificios se efectuaban sin el debido homenaje.

* * *

Como era costumbre, la reina había dispuesto un carro. Matías le hizo caso omiso cuando llegó a los establos y levantó una mano en silencio dirigiéndose al mozo de cuadra de gesto preocupado que se había apresurado a su encuentro.

—Mi yegua —dijo pausadamente—. Nada más.

Solícito, el mozo no discutió, y regresó un minuto después con una yegua color carbón cogida por el ronzal. Era evidente que se esperaban que Matías rechazase el carro: la habían cepillado y le habían cubierto el lomo con un sudadero de color carmesí. La yegua husmeó a Matías con entusiasmo.

—Hola, Estenios —dijo él, cogiéndole el ronzal al mozo—. Me temo que hoy no te he traído miel.

Estenios bufó en señal de desaprobación, pero, obediente, permitió que Matías se le subiese al lomo.

—Vamos. —La arreó—. ¿Cuán rápido puedes galopar?

«Muy rápido» era la respuesta a la pregunta; Estenios había sido un regalo de Atenas, el reino de su prometida, y era la mejor yegua de todos los establos de Ítaca. En cuestión de minutos se hallaban ya en lo alto del monte, respirando jadeantes el aire denso y cálido. Matías redujo al paso. Ante ellos se presentaba un camino tortuoso, que serpenteaba sin rumbo hacia el mar antes de concluir en una estrecha lengua de arena al este: la playa de la horca.

Cientos de años de tradición habían acabado por borrar su nombre original. Matías dudaba que quedase nadie vivo que lo

recordase; desde hacía siglos, allí se ahorcaba a doce muchachas al año. Miles de muertas, sacrificadas para apaciguar, aunque fuera temporalmente, la constante ira de Poseidón.

Las muchachas señaladas no tenían escapatoria. El mar las encontraría a donde fuera que huyesen en la isla, e intentar marcharse también sería en vano. Poseidón, siempre vigilante, les tumbaría el barco y las arrastraría a las profundidades. A lo largo de los siglos se habían transmitido de generación en generación innumerables relatos: de tormentas de una violencia tan repentina que solo podían ser obra del mismísimo agitador de la tierra, de la desgracia de un pueblo pesquero del norte de la isla, cuyas casas fueron hechas pedazos por las mareas embravecidas, de muchachas muertas y más muchachas muertas y más muchachas muertas.

Matías no necesitaba que le recordaran las consecuencias de la ira del dios del mar; las tenía delante.

El esqueleto hueco que era el paisaje le resultaba dolorosamente familiar. Conocía cada contorno de los montes, cada destello del cielo en su danza sobre el océano. Allí se hallaba el prado en el que había recogido margaritas con Selene, las había trenzado para formar coronas de talla infantil y las había colocado sobre sus rizos negros, hasta que el sol ardió a escasa altura sobre el horizonte. Y allí, oculto entonces por las ramas retorcidas de un arbusto sediento y arrugado, se hallaba el lugar en que las dejaban, con la esperanza de que las flores marchitas tentasen a las ninfas a salir de los árboles.

Si Matías tenía miedo (cuando un pájaro echaba a volar demasiado rápido, alarmado, o cuando un lobo aullaba en los montes cercanos), Selene lo abrazaba, le despeinaba el cabello y le susurraba al oído:

—No temas, hermanito. Nadie va a hacerte daño mientras yo esté aquí.

Allí ya no crecían las margaritas; no crecía nada. El mar lo había arrasado todo, anegando, arruinando y salando la tierra a su paso, luchando por reclamar lo que se le debía. Ya no crecía nada más que toscos matorrales.

Matías cerró los ojos con fuerza y se obligó a apartar los recuerdos de Selene. Había sido culpa suya, un error suyo. Pero no volvería a cometerlo. Espoleó a Estenios para que siguiese avanzando.

En parte, esperaba que los montes no acabasen nunca, pero los cascos de Estenios no tardaron en pisar arena en lugar de tierra. Habían llegado a su destino.

Ante él se extendía la playa, de oro sonrojado bajo el sol del alba. Habría estado en calma de no ser por las impecables hileras de guardias con armadura, con las manos sobre las empuñaduras de sus hojas. La arena mojada casi relucía, atrayéndolo hacia el mar y el burdo patíbulo de madera que habían erigido en la orilla, de modo que las olas besasen sus postes. Era más fácil que a las muchachas muertas las arrastrase el agua. Más práctico. Matías tragó saliva.

Doce sogas idénticas se balanceaban en la brisa. Junto a ellas, doce jóvenes ataviadas con un sencillo vestido blanco, de espaldas al mar; un mar que Matías juraría que ya había empezado a arremolinarse.

Se bajó de lomos de Estenios y caminó despacio hacia ellas. Habían dispuesto una ostentosa alfombra de color ciruela para que pudiese pisar la playa sin ensuciarse las botas. Sintió deseos de apartarla de una patada, en una absurda muestra de rabia, pero semejantes acciones no eran propias del futuro rey, así que contuvo sus impulsos y ocupó su puesto delante del patíbulo.

Alexios se había ofrecido, como todos los años, a sustituirlo, a ataviarse con la armadura de Matías y ponerse su casco para no enseñar la cara. Y, como todos los años, el jefe de los guardias se había mostrado casi decepcionado cuando Matías lo había rechazado. En más de una ocasión, en los años posteriores a la muerte de Selene, Matías había estado a punto de aceptar. A Poseidón no le importaba quién llevara a cabo los sacrificios: solo que se hicieran. Pero no era el deber de Alexios, ni su responsabilidad.

Además, Alexios ya se había sacrificado lo suficiente por Matías: le había salvado la vida a los doce años y había recibido

una puñalada en el rostro. En ese momento se hallaba a la izquierda de Matías, con el semblante marcado impasible y con una hoja meticulosamente afilada entre las manos callosas, dispuesta a cortar las sogas que sostenían la plataforma y dar muerte a las jóvenes.

—Alteza —dijo Alexios en voz baja—. A vuestras órdenes.

Matías se obligó a contemplar la hilera de muchachas, a mirarlas a los aterrados ojos y rogar que vieran en los suyos el dolor, la rabia y la pena que resonaban en el interior de su pecho. Aunque no les importarían mucho sus sentimientos cuando estuviesen muertas.

Matías asintió. A su señal, uno de los guardias se apresuró a subir al patíbulo y procedió a anudar las sogas en torno al cuello salpicado de negro de las jóvenes. La más pequeña de todas, una muchacha temblorosa de ojos negros y redondos, dejó escapar un débil sonido cuando la cuerda se le posó sobre la clavícula.

—¿Ha habido algún problema? —le murmuró Matías a Alexios, apartando la vista.

El guardia esbozó una sonrisa amarga.

—Nada preocupante. Hemos tenido que... «acompañar» a un mequetrefe a su casa; es el novio de una de las jóvenes. Pero, aparte de eso, ha sido un año tranquilo. Saben que no pueden permitirse enfadar al agitador de la tierra.

Matías asintió sin decir nada. Otra cosecha fallida había dejado a su pueblo más hambriento de que costumbre, y los ciudadanos sabían tan bien como el rey que el mar era su única salvación. Quizá por eso habían traicionado a las muchachas señaladas antes que de costumbre; este año las habían entregado con mucha antelación.

—Ah —añadió Alexios con gesto amargo—, ha habido un incidente con uno de los sacrificios: una de las jóvenes se ha cortado las ataduras y ha intentado escapar, la muy idiota. Pero no ha llegado muy lejos. Se la va a ahorcar junto a las demás.

En parte, a Matías lo golpeó la desilusión. Levantó la cabeza y volvió a contemplar la fila; ¿cuál de las chicas había sido lo bas-

tante egoísta, lo bastante valiente, como para intentarlo? Sin embargo, el guardia que había anudado las sogas acababa de volver a bajar a la arena: había llegado el momento, y la muchacha que había llevado a cabo el disparatado intento, fuese quien fuese, estaba condenada a morir junto a las demás.

Matías se aclaró la garganta y enunció:

—Doce bendecidas. En el nombre de Ítaca, os agradezco vuestro sacrificio.

Varias de las jóvenes estaban ya llorando, con brillo en los ojos aterrados y temblor en los labios. Matías tragó saliva. Era necesario, se obligó a convencerse. La alternativa era mucho peor.

—En el nombre de Zeus, os rindo homenaje. En el nombre de Hades, rezo porque seáis bienvenidas en su reino.

Se oyó una sonora carcajada.

Los sollozos se los había esperado (sucedió todos los años, y siempre le consternaba), pero aquello era una novedad. Miró a las muchachas, buscando en su rostro cierto desdén, escarnio, pero solo encontró miedo.

Abría la boca para continuar justo cuando posó la mirada en la última joven de la fila. Medio oculta por su vecina, de modo que no la había visto con claridad hasta ese momento, se erguía con la espalda totalmente recta y la barbilla alta, mientras lo observaba con tanta repulsa y odio que, por un instante, olvidándose por completo del discurso que le habían obligado a recitar desde los nueve años, Matías no pudo sino mirarla a los ojos.

Tenía el rostro demacrado y pálido, y unas mejillas hundidas que atestiguaban un duro invierno. El vestido ceremonial le caía recto desde los hombros; tenía los brazos, pálidos y salpicados de moratones, atados a la espalda. Uno de sus ojos estaba hinchado, medio cerrado; tenía el cabello revuelto, encrespado y polvoriento, y le habían puesto una mordaza entre los dientes. Aun así, el ojo que tenía del todo abierto era perspicaz, terco y orgulloso.

«Se ha cortado las ataduras y ha intentado escapar, la muy idiota (...). Se la va a ahorcar junto con las demás».

Conque ella era la aspirante a prófuga.

—Alteza —susurró Alexios—. La bendición.

Matías no podía apartar la vista de la joven, de la feroz determinación de sus ojos. Lo contemplaba igual que a Selene en aquella fatídica noche, la última vez que había mirado a la cara a su hermana. Si hubiera estado viva, habría estado allí, en lugar de Matías, y él se habría encontrado a salvo en el palacio. Un insensato hermano menor, no el futuro rey. No sabría nada, y de nada se preocuparía.

Se aclaró la garganta y se obligó a volver a hablar.

—Y en el nombre de Poseidón, gran señor de los mares, domador de caballos, agitador de la tierra, yo, Matías, príncipe de Ítaca, os sentencio a muerte para que vuestros hermanos sobrevivan y prosperen.

A la muchacha se le crispó el gesto. Ese minúsculo gesto de vulnerabilidad hizo surgir una atroz culpa en el pecho de Matías. Una joven así (orgullosa, furiosa, asustada) no se merecía morir. Ignominiosamente, como los animales.

Otra vez sintió la culpa, aún con mayor intensidad. Su madre se habría burlado al verlo así: debilitado por una muchacha patética y destrozada, con fuego en la mirada y la espalda curvada de orgullo. Ella no se merecía eso; por supuesto que no. Como tampoco se lo merecían las otras once que se encontraban a su lado. Pero Ítaca se inundaría si se les permitía vivir, y no podía elegir entre ellas y las demás almas de esa cruel isla.

3. NO PIDAS AUGURIOS

LETO

Leto lanzó una mirada de desprecio al príncipe, enseñando los dientes lo mejor que pudo con la mordaza en la boca, y rogó con rabia para que no pudiese ver, detrás de la ira, el dolor y la debilidad que bajo ella yacían. El largo paseo no le había sentado bien a su pierna herida. A los guardias no parecía haberles importado su comodidad; ¿qué más daba, en realidad? Si en cuestión de una hora estaría muerta.

Las lágrimas habían amenazado con derramarse entonces, ardientes y veloces. Leto se las había enjugado con rabia con los hombros mientras caminaba con dificultad, cojeando por la grava suelta y las ramas rotas, deteniéndose cada pocos pasos para estirar los tobillos y ahogar sus gemidos de dolor, hasta que, al fin, tras lo que parecieron horas, llegaron.

Se esforzaba al máximo por no cargar su peso sobre la pierna lesionada en lo alto del patíbulo. Debía de ser nuevo; la madera estaba áspera y se le aferraba al bajo del vestido cada vez que lo mecía el húmedo viento. Al principio, el olor a pino le había resultado reconfortante, pero en ese momento la ahogaba y le repugnaba.

La plataforma se meció bajo sus pies; la sostenían gruesas sogas atadas a una viga horizontal elevada y anudadas con firmeza a estacas redondeadas clavadas en la arena. En cuanto cortasen las sogas, la plataforma se hundiría y la sogas que le rodeaba la garganta tirarían de ella hacia arriba. Quizá se le rompería el cuello.

El príncipe volvió a aclararse la garganta. Tenía la piel, templada y bronceada, cubierta de sudor, tanto que le pegaba los

rizos a la frente y lo hacía brillar como el bronce bajo el sol. Recorría con la mirada el rostro de Leto.

Para ser un cobarde malévolo que dejaba que su pueblo se muriese de hambre en sus catres, era insultantemente hermoso, como un retrato: líneas duras, piel suave y ojos, cejas y labios como venerables arcos de carbón. Su voz, a pesar del temblor, era amable y musical.

—Cuando dejéis este mundo, que vuestro cuerpo sea como las olas, que vuestros huesos sean como la arena y que vuestra alma vuele libre como las gaviotas y vele por nosotros. Oh, gran señor Poseidón, acepta esta ofrenda.

Se le quebró la voz en la última palabra.

—Lo siento mucho —dijo. Un murmullo casi inaudible de los guardias le indicó a Leto que aquello no formaba parte del guion—. Ojalá pudiera hacer algo... —Se interrumpió. Tenía los ojos, aún fijos en Leto, bien abiertos, suplicantes.

Casi podría haberlo perdonado, pero, en el último momento, cuando dejó caer el mentón asintiendo a regañadientes y el guardia alzó la espada y la dejó caer formando un arco resplandeciente en dirección a las sogas que sostenían los tablonos bajo los pies de Leto, el príncipe apartó la mirada.

«Cobarde».

La plataforma cedió bajo sus pies y la joven quedó suspendida en el aire por un breve y aterrador instante.

Entonces, Leto cayó y la sogla la atrapó.

Ya había imaginado que dolería, pero la agonía fue mucho más intensa de lo que se había previsto, instantánea, incomparable. Lo sentía todo a la vez; la presión, el desgarró y un increíble ardor. Si el nudo que le rodeaba la garganta no le hubiese impedido respirar, se le habría escapado un estridente grito de impresión y dolor.

Aunque se había jurado que no forcejearía, notó los espasmos y las patadas involuntarios de sus piernas. Sus pies ejecutaron un baile frenético en el aire y, aunque comenzaban a aparecer puntos blancos y temblorosos en su campo de visión, desesperada, trató de gritar a través de la tela que tenía entre los dientes.

No estaba segura del destinatario de aquellos gritos. Su madre, quizá, muerta mucho tiempo atrás. Su padre.

Intentó tomar aire, pero no pudo: el puño de hierro que le rodeaba la garganta no cedía. Cada vez se apretaba con más fuerza y le dolía más.

Leto sintió que la consciencia se le escapaba de las manos como si de finos hilos se tratase, y se permitió aceptarlo. El dolor perdía intensidad y las piernas se le iban calmando.

Lo último que sintió Leto antes de que las olas se alzasen para tragársela por completo fue la peculiar sensación de estar siendo observada, no desde la tierra (por el príncipe y las hileras de guardias), sino desde el agua. Luego, el dolor alcanzó un breve y devastador *crescendo*, hasta llegar a su fin.

«Ah —pensó—. Se acabó».

Y murió. Llevaba flores en el pelo y el fantasma de una sonrisa en los labios; se notaba sin fuerzas, cual pájaro atado.

* * *

En la costa de Ítaca, el suave oleaje lamía las piedras lisas. Una gaviota graznó en la distancia y otra, desde más cerca, le respondió. La brisa mecía las hojas de los árboles, y en el aire flotaba una bruma con fuerte aroma a sal cuando la procesión de soldados cortó las sogas de las muchachas muertas y las dejó descansar, primero flotando y luego arrastradas hacia abajo por el peso de los vestidos, en la marea en retroceso.

Mientras la corriente la alejaba de Ítaca, la islita en la que había pasado una vida maquinando, planificando, deseando marcharse, Leto se hundió en silencio bajo el agua, con los ojos cerrados y las brutales marcas de la soga y, bajo ellas, las escamas en el cuello.

Y en alguna parte, bajo el agua, algo (o alguien) se movió.

4. UNA CRUEL GUARIDA

MATÍAS

La habitación que más arriba estaba en el palacio era la de Selene, así que allí fue a donde acudió Matías a esconderse cuando acabaron las ejecuciones y se arrojó a las muchachas al agua para que se las llevara la corriente.

El mobiliario de la habitación permanecía intacto, igual que el día que su hermana falleció. Se había reasignado a las criadas a la cocina o a los establos, o se las había despedido, pero Matías había acordado que una de ellas se quedase a barrer el suelo, cepillar los vestidos de Selene y remendar los agujeros que en ellos hacían las polillas. Era un gasto innecesario e indulgente. Llegaría el momento en que no se pudiesen arreglar más los vestidos, pero, por aquel entonces, permanecían pulcramente colgados en su armario, azules, dorados y relucientes blancos enjorados, echándose a perder poco a poco.

Matías se sentó en el sillón junto a la ventana y contempló los montes que había más allá. Aquel lugar, los aposentos vacíos y tranquilos de Selene, era el único en el que podía estar de verdad a solas.

De hecho, en aquel preciso instante tendría que haber estado con su madre, relatándole las ejecuciones, como si difirieran en algo de las de años anteriores. Pero la reina se había marchado a saber a dónde a parlotear con sus señoras, cosa que no desagradaba a Matías; poco había que le apeteciera menos que recordar el rostro de las jóvenes a las que había condenado, cuyos cadáveres quedaban ya a la voluntad de los mares y del dios que los gobernaba. Aun así, no podía olvidar los ojos de la duodécima

muchacha, inyectados en sangre, enamorados y furiosos. Había ordenado su muerte y ni siquiera sabía cómo se llamaba.

No iba a hacerle ningún bien remover el pasado; lo sabía por experiencia. Volvió a centrar la atención en los montes, los pueblos y el ancho mar tras ellos.

Los barcos regresaban a los muelles a bombo y platillo, cargados de redes repletas de pescado. La exigua patrulla que había enviado Matías al puerto había regresado, sonriente, con relatos sobre niños risueños abrazados a sus respectivas madres. Los cultivos seguían sin crecer donde el mar los había arrasado años atrás y las cabras se alejaban cada día más del rebaño en la busca de algo que comer, lo que fuera, pero, por primera vez, Ítaca tenía esperanza: esperanza de que los sacrificios sirviesen de algo; de que la repentina recompensa de lábridos, lubinas y doradas significase que aún podían ganarse el favor de Poseidón; que el dios del mar aún no se había olvidado de ellos. El pescado le había costado una porción demasiado grande de los exiguos fondos públicos, y había gastado otro tanto sobornando a los marineros para que afirmasen que lo habían pescado ellos, en vez de haberlo traído pescadores extranjeros procedentes de los prósperos mares al norte de Ítaca y Cefalonia.

Era una acción arriesgada, una mentira que pendía de un hilo, pero no había fracasado.

Aún.

Los sacrificios se le aparecerían en sueños las próximas semanas, pero al menos no tendría que seguir viendo a su pueblo sufrir sin esperanzas.

Le dio un largo trago al vino de la copa que agarraba con fuerza antes de dejarlo a sus pies. La copa se había forjado en plata pura (otro ridículo gasto más), pero ¿qué dirían los nobles que visitaban Ítaca si les sirvieran el vino en vasos de hojalata y el pan en maltrechas bandejas de madera?

La tesorería casi vacía era una preocupación constante. Lo había consolado la llegada de un mensajero ateniense que le informó de que su prometida, la princesa Adrastea, se estaba preparando para abandonar su reino y llegaría a Ítaca en menos de un año.

Su padre había concertado el matrimonio cuando eran niños (de hecho, Matías nunca la había visto) y su madre lo había alentado a que lo disolviese con discreción en los meses posteriores a la muerte de su padre. Tendría que casarse con una buena muchacha de la isla, le había dicho; quizá una de las nobles de su corte. Matías sabía a la perfección a quién tenía en mente, pero había oído los rumores de la dote que traía consigo Adrastea. Si eran ciertos, tendría oro suficiente para alimentar a su pueblo durante un año.

Y, dioses, ciertamente se lo debía.

Matías fue a coger de nuevo la copa. Entonces maldijo, en voz muy alta (tanto que resonó por toda la estancia), cuando la tiró al suelo y manchó de vino las baldosas de mármol.

Se puso en pie de un salto y se apresuró a buscar algo con lo que arreglar el desastre. Al no encontrar nada, se dirigió al pesado arcón de madera que sabía que aún contenía las mantas de Selene. Antaño solía hurgar en él para construirse un fuerte. Cuando Selene, empapada tras el baño y torpemente envuelta en un quitón, lo descubrió, le gritó con tanta fuerza que hasta logró que su padre se acercara corriendo.

Matías abrió el arcón y sacó una manta de lana de cabra. Había algo atrapado en el tejido, que cayó al suelo con un ruido sordo. Matías no le prestó atención, sino que regresó al charco de vino derramado y lo fregó lo mejor que pudo.

El vino se había colado entre las baldosas y la manta no lograba absorberlo por completo. Cuando los bucles de lana estuvieron saturados de rojo, se rindió. Ya se encargaría la criada. Se masajeó las sienes con los dedos; ¿qué clase de rey iba a ser si ni siquiera era capaz de limpiar un charco de vino?

Desanimado, se volvió hacia el arcón, acordándose tarde del objeto que había estado oculto entre la manta, que había caído al suelo y que allí se hallaba aún: un legajo de papiros, de bordes maltrechos, sujetos entre sí con una cinta blanca.

Como las que lucía Selene en el cabello. Las llevaba el día que murió, el día que, en esa misma habitación...

Matías recogió el legajo. Era absurdo pensar en aquel día, en cómo el viento le había levantado la falda y le había arrancado los rizos color obsidiana de las trenzas. Ya había llorado bastante por aquellos recuerdos y había descubierto un centenar de veces que los dioses no oían sus súplicas desesperadas. O, si lo hacían, no se dignaban a concederle una respuesta. Regresó a su puesto en la ventana y pasó la primera página.

No tardó en resultar evidente que era un diario.

Estaba escrito en la esmerada letra redonda de Selene, con los márgenes llenos de dibujos de flores. Las estaciones figuraban encima de cada sección. Cuando ojeó la primera, le dio un vuelco el corazón y la vista se le nubló de forma inquietante. Le temblaban las manos cuando se desplomó sobre el sillón, volviendo a tirar la copa.

Los últimos días del invierno de hacía tres años. El año de la muerte de Selene.

En el escrito se leía:

Se acerca la primavera e Ítaca va a estar encantada de darle la bienvenida. Últimamente se han recibido noticias inquietantes de niños temblando en los brazos de sus padres y de animales muriéndose de hambre en los montes. Los altares están vacíos; Ítaca llena su estómago antes que los de los dioses. Si la diosa Deméter es buena, complacida por el regreso de su hija, nos dará una muy necesaria tregua entre tanto sufrimiento.

Pero, desde luego, cuando superamos un obstáculo para nuestra prosperidad, encontramos otro mayor:

Por mucho que le suplique a padre, se niega a buscar una forma de romper esta vergonzosa maldición. No piensa traer otra sibila a Ítaca. Apenas me deja entrar en su preciada biblioteca, aunque se le ve feliz de recibir en ella a Matías.

Matías parpadeó de incredulidad. Su nombre era una despiadada mancha de tinta; casi podía oír a Selene pronunciarlo en voz alta. Tenía celos de él; siempre lo había sabido (pues él, como hijo menor, no iba a estar sujeto a las mismas expectativas y presiones que ella), pero podía percibirse algo más en el iracundo trazo de las palabras.

El escrito continuaba:

No puedo evitar preguntarme si a los hombres les importaría tan poco si la maldición reclamase a los hijos varones de Ítaca, no solo a las mujeres. Pero eso da igual. Esta cruel parte de nuestra historia acabará desapareciendo, me ayuden o no.

Lo juro.

En las páginas siguientes había tomado notas, escrito nombres y garabateado mapas, y los había marcado con iracundas cruces. Fragmentos en verso (¿acaso de una profecía?) estaban apuntados y subrayados. En una de las páginas solo se leía: «¿Doce a la fuerza? No las chicas marcadas. ¿Quién?». Matías dejó caer el legajo sobre su regazo.

Selene había querido romper la maldición. No era eso lo que le sorprendía, sino que su hermana pensase que él no quería. Matías apretó los puños.

Se oyó un sonido de papel al arrugarse. Matías bajo la vista. Una hoja de papiro se le había enganchado en la manga; al moverla, la hoja se estremeció y amenazó con soltarse. Entonces la extrajo y la ojeó, cansado. También estaba escrita con la letra de Selene, más descuidada que en el diario, con garabatos apremiantes.

«Matías —decía la primera línea—, voy a morir».

Por los dioses. Una carta. Una carta de Selene dirigida a él. De Selene, que ya sabía qué le deparaba el destino: que no iba a seguir viviendo pasado el condenado equinoccio.

No podía soportar leerla; anhelaba apartarla, fingir no haber descubierto su existencia, pero su cuerpo no se lo permitía. Sus dedos seguían aferrados al pergamino, arrugando los bordes, y se percató de que sus ojos no podían sino recorrer las líneas y leer.

Matías, voy a morir:

Nuestra madre no quiere saber nada, ni nuestro padre, pero todos sabemos qué me depara el destino. He leído los registros de siglos anteriores, de las escasas ocasiones en que a las jóvenes señaladas no se las envió a la muerte. El mar vino a por ellas, Matías, como vendrá a por mí.

Si este es el camino que han elegido para mí los dioses, pues que así sea; me encontraré con mi final y marcharé con valentía.

Ojalá pudiera decir que he vivido una vida plena, que estoy satisfecha con mi suerte, pero lo cierto es que no. Dejo muchos asuntos pendientes, y solo puedo rezar para que tú, hermano, los retomes cuando me haya marchado. Hay que romper la maldición. Es imperativo. Estoy segura de que es posible: no creo que los dioses sean capaces de infligir tanta crueldad sin que exista un secreto para acabar con ella. No son tan atroces. Existe una solución; estoy segura. Me queda...

Ahí terminaba la carta, con una violenta línea de tinta que cruzaba el papel. Habían interrumpido a Selene antes de que pudiera acabar; eso estaba claro. Había una mancha del color del óxido en la esquina inferior, que Matías prefirió no examinar minuciosamente.

Devolvió la vista al mar, a la traicionera inmensidad que alimentaba a Ítaca y la destruía a la vez. En alguna parte, arrasadas por la corriente, se hallaban las muchachas muertas, cuyas esperanzas, sueños y miedos se habían perdido en los mares.

Ellas serían las últimas doce.

Lo había jurado el año de la muerte de Selene, y el siguiente y el siguiente. Pero (y se avergonzaba de reconocerlo incluso para sus adentros) nunca había hecho mucho por lograrlo. Sin embargo, esta vez sería distinto. Tenía que serlo, pues Selene le había encomendado la tarea y no podía defraudarla otra vez. Apartando la carta con cuidado, se acercó las hojas restantes al rostro y examinó minuciosamente las notas de su hermana.

Se le habían quedado grabadas las últimas palabras de la carta: «Existe una solución; estoy segura. Me queda...».

Habían desaparecido los mapas y su letra era casi ilegible, pero una cosa estaba clara: en algún lugar, en los manuscritos que poblaban la biblioteca o escondida en el vertiginoso laberinto de bodegas y tumbas que había bajo el palacio, se hallaba la respuesta que buscaba Selene.

Y Matías iba a encontrarla.